

Juan Cruz Colombo¹

Inteligencia Artificial: la batalla perdida

Resumen

La irrupción de la Inteligencia Artificial (IA) en los escenarios educativos ha generado posicionamientos diversos, que oscilan entre la negación absoluta y la adopción acelerada de tecnologías emergentes. Frente a este escenario, el presente artículo propone una reflexión sobre las tensiones que atraviesan actualmente a la educación, recuperando una mirada crítica sobre los discursos y prácticas que rodean el uso de estas herramientas. A partir del análisis de situaciones vinculadas al rechazo, la clandestinidad de su utilización y la fascinación por la innovación permanente, se problematizan los riesgos presentes en los extremos y se plantea la necesidad de construir criterios compartidos para su incorporación. En este marco, se recupera el papel de docentes y estudiantes como actores activos en la construcción de usos más conscientes, promoviendo el diálogo, la explicitación de prácticas y el desarrollo de procesos reflexivos. El trabajo invita a reconsiderar ciertas discusiones instaladas en torno a la IA y propone desplazar el debate hacia preguntas vinculadas con los sentidos de la enseñanza, las decisiones docentes y el lugar que estas herramientas ocupan dentro de las prácticas educativas contemporáneas.

Palabras clave

Inteligencia Artificial; tecnologías emergentes; educación; rol docente

Introducción

La irrupción de la Inteligencia Artificial (IA) en los escenarios educativos ha generado múltiples posicionamientos dentro del campo pedagógico. Mientras algunos sectores la incorporan de manera acelerada bajo discursos asociados a la innovación y la modernización de las prácticas de enseñanza, otros continúan sosteniendo posturas de rechazo, negación o prohibición frente a su utilización dentro del aula. Sin embargo, más allá de las perspectivas que intenten validarla o desacreditarla, existe una realidad difícil de ignorar: la IA ya forma parte de las prácticas sociales, culturales y educativas contemporáneas.

Los estudiantes la utilizan. Los docentes también. A veces de manera explícita y consciente; otras, desde el silencio, la desconfianza o incluso la clandestinidad que se genera cuando

¹ Profesor de Educación Superior en Educación Tecnológica.

determinadas herramientas son negadas institucionalmente, pero continúan presentes en las prácticas reales. En este contexto, sostener una postura centrada únicamente en la prohibición o en la resistencia absoluta parece conducir más a un alejamiento de las dinámicas actuales que a una verdadera intervención docente sobre ellas.

No obstante, reconocer su presencia no implica aceptar de manera automática cualquier uso posible de estas herramientas. Del mismo modo que la negación absoluta resulta insuficiente, también lo es la incorporación acrítica de la IA únicamente por responder a tendencias, discursos de innovación o necesidades de actualización permanente. Ambas posiciones reducen la complejidad del problema y desplazan el verdadero debate: el lugar del docente, los criterios de uso, las intencionalidades educativas y la necesidad de acompañar críticamente estos procesos.

Tal vez una parte del problema resida allí: asumir que la batalla ya está perdida mientras continuamos discutiendo entre la negación y la incorporación acelerada. Porque quizás, antes de decidir qué lugar otorgarle a la IA, todavía debamos preguntarnos qué estamos intentando preservar, transformar o defender dentro de nuestras prácticas de enseñanza.

Desde esta perspectiva, el presente artículo propone una reflexión acerca de las tensiones que atraviesan actualmente a la educación frente al avance de la IA, recuperando la necesidad de retirar estas herramientas de la clandestinidad para comenzar a problematizarlas, comprenderlas y abordarlas desde una mirada crítica, reflexiva y profundamente humana.

Silencios y tensiones

La presencia de la IA dentro de los escenarios educativos ya no puede pensarse como una tendencia emergente. Es real. Existe dentro de las aulas. Su incorporación forma parte de la cotidianeidad de estudiantes y docentes, incluso en aquellos espacios donde todavía se intenta ignorar, restringir o minimizar su existencia. Las herramientas basadas en IA comenzaron a integrarse silenciosamente en prácticas vinculadas a la búsqueda de información, la producción de textos, la organización de ideas y la resolución de múltiples tareas académicas y laborales. En muchos casos, esta utilización ocurre sin demasiadas explicitaciones, atravesada por la desconfianza, el desconocimiento o el temor a ser cuestionados por su uso.

Frente a este escenario, una de las respuestas más frecuentes dentro del ámbito educativo ha sido la negación. Negar su uso, negar su impacto o incluso negar la necesidad de discutirla dentro de las instituciones. Sin embargo, desconocer su presencia no modifica la realidad sobre la cual hoy se construyen gran parte de las interacciones sociales y educativas. Por el contrario, el silencio suele generar prácticas cada vez más invisibles y menos reflexivas, donde el problema deja de ser la herramienta en sí misma para trasladarse hacia la ausencia de criterios claros sobre su utilización.

No resulta extraño que existan resistencias frente a este tipo de tecnologías. A lo largo de la historia, cada transformación vinculada a la comunicación, el acceso al conocimiento o las formas de producción generó tensiones, dudas y debates dentro del campo educativo. En el caso de la IA, muchas de esas preocupaciones se vinculan con interrogantes legítimos: el lugar de la autoría, la pérdida de procesos cognitivos, la superficialidad en la construcción del conocimiento o el riesgo de automatizar tareas que requieren pensamiento crítico. No obstante, reducir toda la discusión a la prohibición o al rechazo absoluto parece conducir hacia una simplificación de un fenómeno considerablemente más complejo.

La prohibición, por sí sola, no garantiza comprensión, criterio ni formación. Cuando una herramienta ampliamente utilizada fuera del aula se transforma en un tema del que no puede hablarse dentro de ella, su uso no desaparece; simplemente se desplaza hacia espacios menos visibles. En ese contexto, la clandestinidad termina reemplazando al diálogo, y el ocultamiento a la reflexión. Quizás allí resida una de las principales tensiones actuales: continuar intentando expulsar una realidad que ya forma parte de la vida cotidiana de docentes y estudiantes, o asumir el desafío de comprenderla críticamente para comenzar a construir nuevas formas de abordarla dentro de la enseñanza.

Entusiasmo por las tecnologías emergentes

Si bien la negación absoluta frente a la IA presenta limitaciones evidentes, el extremo opuesto tampoco se encuentra exento de tensiones. En los últimos años, gran parte de los discursos vinculados con la tecnología y la educación comenzaron a instalar una asociación casi automática entre innovación y mejora educativa. Bajo esta lógica, la incorporación de nuevas herramientas suele adquirir un valor positivo por el simple hecho de representar novedad, actualización o transformación. En este sentido, “alinear la educación con las capacidades que resultarán indispensables para el futuro implicará seguramente incorporar cosas nuevas” (Sigma & Bilinkis, 2023), aunque dicha incorporación no debería desligarse de procesos de reflexión y construcción de criterios sobre sus sentidos y finalidades dentro de la enseñanza.

En este escenario emerge una figura cada vez más frecuente: el *early adopter*. Tradicionalmente, este concepto refiere a quienes adoptan de manera temprana tecnologías emergentes, explorando nuevas posibilidades antes que el resto. Trasladado al ámbito educativo, este posicionamiento puede observarse en docentes, instituciones o espacios de formación que buscan incorporar rápidamente herramientas digitales o sistemas basados en IA, muchas veces impulsados por el entusiasmo, la curiosidad o el deseo legítimo de innovar.

Sin embargo, el problema no reside en explorar nuevas tecnologías ni en mantener una actitud abierta frente a los cambios. La dificultad aparece cuando la velocidad de adopción desplaza preguntas fundamentales: ¿para qué incorporar una herramienta?, ¿qué necesidad busca resolver?, ¿qué transforma realmente dentro de las prácticas de enseñanza?, ¿qué riesgos

o limitaciones presenta? En algunos casos, la presión por mantenerse actualizado o por ocupar un lugar asociado a la innovación puede conducir a incorporar recursos sin suficiente reflexión previa, asumiendo que la mera presencia de tecnología garantiza transformaciones significativas.

La novedad, por sí misma, no asegura mejores experiencias de enseñanza ni respuestas automáticas a problemas históricos de la educación. De manera similar a lo que ocurre con la negación absoluta, la incorporación acrítica también simplifica una realidad considerablemente más compleja. Aunque se posicionan en extremos aparentemente opuestos, ambas perspectivas comparten un rasgo común: desplazan la discusión sobre los sentidos, los criterios y las intencionalidades que deberían orientar cualquier decisión vinculada con la enseñanza.

Construir consensos y criterios para su uso

Una vez reconocidas las limitaciones que presentan tanto la negación absoluta como la fascinación acrítica por la IA, emerge una pregunta inevitable: ¿qué hacer entonces frente a una herramienta cuyo uso ya forma parte de la realidad cotidiana de docentes y estudiantes? Quizás uno de los primeros pasos consista en retirar a la IA de la clandestinidad en la que frecuentemente queda situada y comenzar a desestigmatizar su uso dentro de la educación, entendiendo que muchas veces estas herramientas son percibidas únicamente como atajos o amenazas, en lugar de ser consideradas posibles apoyos para el aprendizaje (Craig, 2023). Durante mucho tiempo, ciertas prácticas vinculadas a su utilización comenzaron a desarrollarse desde el silencio, la sospecha o la necesidad de ocultamiento. Estudiantes que la utilizan, pero prefieren no expresarlo; docentes que recurren a ella en distintos momentos de su trabajo cotidiano, aunque muchas veces evitando explicitarlo. Hablar sobre su uso, hacerlo visible y reconocer su presencia constituye un punto de partida necesario para comenzar a construir criterios compartidos.

En este escenario, la discusión deja de centrarse en si la IA debe o no estar presente dentro de las aulas. La realidad parece haber respondido esa pregunta hace tiempo. El desafío actual consiste en cómo acompañar esos usos y qué sentidos otorgarles dentro de las prácticas de enseñanza. Penalizar automáticamente a un estudiante por utilizarla o asumir que todo uso implica necesariamente una falta puede conducir a simplificaciones poco productivas. Del mismo modo, tampoco resulta enriquecedor desmerecer o cuestionar a colegas que recurren a estas herramientas dentro de sus procesos de trabajo. En ambos casos, el problema parece desplazarse desde el uso en sí mismo hacia la ausencia de acuerdos, criterios y espacios de diálogo.

En este sentido, una posibilidad consiste en enseñar a interactuar críticamente con estas herramientas. Aprender a utilizar IA no implica únicamente conocer plataformas o explorar funciones. Supone también aprender a preguntar, contextualizar, precisar intenciones y

construir solicitudes complejas, entendiendo que “no reemplazan la importancia de la escritura original y el pensamiento crítico” (Craig, 2023, p. 10). La elaboración de prompts puede convertirse en una oportunidad interesante para desarrollar procesos de organización de ideas, reflexión y pensamiento crítico previo. Un pedido elaborado difícilmente aparezca de manera automática; requiere decisiones, selección de información y claridad respecto a aquello que se busca obtener, de esta manera lo que logramos es “recuperar el valor de las preguntas” (Sigma & Bilinkis, 2023, p. 115).

La incorporación de IA dentro de las propuestas de enseñanza tampoco debería responder exclusivamente a la novedad ni transformarse en el eje central de cada experiencia educativa. Más bien podría pensarse como una herramienta de complementación, integrada dentro de actividades con intencionalidades claras y sentidos definidos. En determinados contextos, puede favorecer la exploración de nuevas ideas, resignificar propuestas existentes, ampliar perspectivas o enriquecer procesos de producción. Sin embargo, también existen dimensiones del trabajo docente que conservan un valor difícilmente reducible a automatismos. Procesos como planificar, anticipar decisiones o construir propuestas continúan implicando actos de reflexión que forman parte del ejercicio profesional y que exceden ampliamente la simple elaboración de un producto final.

La batalla nunca estuvo perdida

Llegados a este punto, quizás resulte necesario volver sobre una idea que atravesó silenciosamente gran parte de este recorrido: la sensación de encontrarnos frente a una batalla perdida. Durante los últimos años, buena parte de los debates vinculados con la IA parecieron organizarse alrededor de posiciones enfrentadas: aceptar o rechazar, incorporar o prohibir, innovar o resistir. Sin embargo, quizás el problema nunca haya consistido en elegir uno de esos caminos.

Tal vez la batalla nunca fue entre docentes y estudiantes. Tampoco entre educación y tecnología, ni mucho menos entre las personas y la IA. Pensarla desde esa lógica implica asumir enfrentamientos donde probablemente existan tensiones, preguntas y transformaciones que requieren otro tipo de respuestas. Porque si algo dejó en evidencia el recorrido realizado hasta aquí es que negar su presencia no la hace desaparecer y adoptarla apresuradamente sin reflexión tampoco garantiza transformaciones significativas.

Quizás la batalla que parecía perdida era otra. La de intentar sostener respuestas simples frente a problemas complejos. La de asumir que el silencio resolvería aquello que ya formaba parte de nuestras aulas. O la de creer que toda innovación, por el simple hecho de ser nueva, necesariamente debía ser incorporada. En ambos extremos, la discusión parece alejarse de una pregunta mucho más profunda: qué lugar ocupa hoy la tarea docente frente a escenarios atravesados por nuevas tecnologías.

Tal vez el desafío actual no consista en determinar cuánto puede hacer una herramienta ni cuánto trabajo puede delegarse en ella, ya que “la tecnología por sí sola no innova ni nos convierte en mejores profesores” (Area Moreira, 2007, p. 8). Quizás la pregunta continúe siendo otra: qué decisiones seguimos dispuestos a asumir, qué aspectos consideramos irrenunciables dentro de nuestras prácticas y qué sentidos deseamos construir alrededor de la enseñanza. Porque, después de todo, la batalla nunca estuvo perdida; quizás todavía estábamos intentando librar la equivocada.

Referencias bibliográficas

Area Moreira, M. (2007). Algunos principios para el desarrollo de buenas prácticas pedagógicas con las TICs en el aula. *Comunicación y Pedagogía: Nuevas tecnologías y recursos didácticos*, (222), 42–47.

Craig, D. F. (2023). *Computadoras que aprenden: Guía básica para docentes sobre inteligencia artificial en educación*. Autor.
https://drive.google.com/file/d/1nX6xgh_qaOOd0yHha-egZmaP8QNuurih/view

Craig, D. F. (2023). *Tercero en discordia: Docente–Alumno–IA. Reflexiones ante la irrupción de ChatGPT en la formación docente* (v76). Autor.
https://drive.google.com/file/d/1NF4c7Y3-A2RfTqmzu_CLABpwIksF4ta-/preview

Sigma, M., & Bilinkis, S. (2023). *Artificial: La nueva inteligencia y el contorno de lo humano*. (1.^a ed.). Debate.